

## PRELUDIO

Son ardientes en efecto las cuestiones que se tratan en ese pequeño libro, y al tratarlas he tenido por objeto hacer saltar los fulgores de la verdad, para poner a descubierto las mentiras y los errores.

Se necesitan estrellas para esclarecer la noche.

Las tempestades revolucionarias transforman casi siempre las luces de un pueblo en un inmenso incendio, que quema de cerca, pero que alumbra a lo lejos. Por el contrario, las locuras y las utopías de una época, se convierten en sombras fantásticas que, después de la tempestad, danzan, saltan, y elevadas a cierta altura, fascinan y extravían a los hombres, llevándolos derecho al fuego, al despeñadero y al abismo.

De todo esto hay en la tempestad de Febrero. Ha hecho surgir las chispas de la verdad, al lado de los errores incendiarios, ha removido las cuestiones más fundamentales de la sociedad. Más que nunca se necesita de una buena luz, para hacer entrar de nuevo a las fatídicas fantasmas a su fuente pantanosa; más que nunca se necesita talento y buen sentido para confundir a la tontera y a la fatuidad; más que nunca se necesita la razón contra el charlatismo; más que nunca, en fin, es preciso oponer a esta tempestad que ruge todavía, las harpas cólicas, para arrancarle sonidos armoniosos e inteligibles.

Es lo que yo procuraré hacer.

No obstante, tratándose de semejantes cuestiones, no tengo la pretensión de resolverlas de una manera absoluta. No es este mi objeto. Escribiendo para los hombres de razón y de sentimientos, quedaré satisfecho de que mi espíritu despierte el suyo. El pensamiento es contagioso, se comunica fácilmente a aquel que es de un temperamento semejante, y que sabe completarlo.

El sol no fertiliza, sino las tierras fuertes y capaces de cultura. Cayendo sobre un suelo movedizo, resulta un desierto arenoso.

La verdad es como el sol, fecunda los espíritus firmes y cultivables, y estrecha los corazones inconstantes y estériles.

Pero no basta decir la verdad, con frecuencia la misma cosa dicha de una manera diferente, produce un efecto del todo contrario. Testigo aquel Sultán, que habiendo soñado que había perdido todos sus dientes, menos uno, pidió la explicación a sus intérpretes. "Perderéis todos vuestros amigos, le respondieron". Y los mandó matar. "Sobreviviréis a todos vuestros amigos," le dijo en fin el último de ellos, y este solo quedó con vida, y fue honrado con la confianza de su señor. Y había dicho, sin embargo, la misma cosa, bajo dos distintas formas.

Viviendo en una República, donde no hay malos aprendices de Sultán, esta anécdota me ha servido muchas veces de modelo.

La Revolución de Febrero es una revolución de vencidos sin vencedores, Estamos todos en un buque batido por las olas, flotando a voluntad de los vientos, sin mástil, timón, ni piloto; no nos queda sino la brújula de la razón, flecha recta de la Justicia Divina, que al mismo tiempo nos indica el peligro en que nos encontramos y el puerto lejano en que debemos refugiarnos.

Si hacemos todos nuestro deber; si cada uno pone todas sus fuerzas, su valor y su talento; si en una palabra olvidamos nuestras pequeñas pasiones, opiniones y vanidades, para tender hacia un solo objeto el *orden y la justicia*, nos salvaremos. Si por el contrario, añadimos al caos los elementos de desorden de nuestras ideas: si a los crujidos del buque, añadimos los clamores y gritos importunos de los cobardes, seremos perdidos; y lo habremos merecido.

En la historia se encuentran vencedores políticos poco dignos de la victoria: no son las más veces sino instrumentos de la Justicia Eterna; pero por todas partes, siempre el vencido generalmente ha merecido su suerte.

Si sucumbimos, no será quizás por la virtud de los vencedores, pero sí por los vicios de los vencidos!

Llegará un día, en que no habrá vencidos ni vencedores, en que todos los hombres tendrán razón y virtud. Desgraciadamente un gran número de nuestros republicanos y a no existirán entonces!

*A lejandro Weill*